

Santiago de la Vorágine

# La leyenda dorada

Selección y prólogo  
de Alberto Manguel



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Leyendi di Sancti Vulgari Storiado*  
Traducción de Fray José Manuel Macías

Primera edición: 2004  
Segunda edición: 2014  
Quinta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Konrad Witz: *San Cristóbal con el Niño Jesús a cuestras* (s. XV, detalle). Kunstmuseum, Basilea  
© Giraudon / Index-Bridgeman

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la selección y del prólogo: Alberto Manguel, 2004  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-8739-1  
Depósito legal: M. 5.835-2014  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Prólogo, de Alberto Manguel
- La leyenda dorada
- 21 San Nicolás
- 35 Santa Lucía, virgen
- 43 San Juan, apóstol y evangelista
- 53 San Pablo, ermitaño
- 58 San Antonio
- 67 San Sebastián
- 80 San Ignacio
- 87 Santa Juliana
- 92 San Longinos
- 95 Santa Sofía y sus tres hijas
- 99 Santa María Egipciaca
- 106 San Jorge
- 119 San Pedro, mártir
- 129 Santiago, apóstol
- 138 San Vito y san Modesto
- 143 Santa Marina, virgen
- 147 Santa Margarita
- 156 Santa María Magdalena
- 168 Santa Cristina
- 175 San Cristóbal

189	San Ciriaco y sus compañeros
194	San Bartolomé
200	San Agustín
203	Santa Eufemia
210	San Francisco
226	Santa Tais, meretriz
233	San Leonardo
242	Las Once Mil Vírgenes
255	San Teodoro
258	San Conrado
263	Santa Bárbara
279	Santa Dorotea
287	Santa Genoveva
303	San Roque, confesor
306	San Anselmo, obispo
311	Índice alfabético

# Prólogo

*La leyenda dorada* de Santiago de la Vorágine (que al comienzo se llamó simplemente *Legenda sanctorum* o *Legendi di sancti vulgari storiado*) fue, después de la Biblia, el libro más popular de la Edad Media. Más de mil manuscritos de la obra han sobrevivido hasta nuestros días y después de la invención de la imprenta fueron publicadas cientos de ediciones, tanto en el original latino como en todos los idiomas europeos. *Legenda* significa, etimológicamente, «lo que debe ser leído», es decir «la buena lectura», la que ilumina y enseña con el ejemplo. *La leyenda dorada* es esencialmente un florilegio de lecturas ejemplares que narran las fechas cumbre de la liturgia católica y la vida de los santos reconocidos por la Iglesia del siglo XIII.

La palabra «santo» deriva del latín *sanctus*, traducción de la voz griega *hagios* y de la hebrea *qâdosh*. En un principio, «santo» no se refiere a la calidad moral o ética de

una persona sino al hecho de que ésta ha sido elegida por Dios para servir un propósito divino, separándola del común de los mortales. Santos son entonces los que han sido elegidos para servir a Dios, y su conducta intachable es el resultado, no la causa, de tal elección. Es con esta palabra como designa san Pablo a todos los miembros de las comunidades cristianas: «Así pues sed imitadores de Dios, como hijos amados», dice en la Epístola a los efesios, «... como conviene a los santos»<sup>1</sup>. Los primeros escritos cristianos sólo hablan de santos en plural, y en el credo de Nicea la Iglesia se define como «la comunión de los santos»; más tarde el vocablo en singular se aplicará a todo aquel que «muere en el Señor». Con el paso del tiempo, la palabra «santo» se convertirá en un título honorífico otorgado a un individuo que haya alcanzado un alto rango en la Iglesia, un obispo, por ejemplo<sup>2</sup>. En el siglo X, Juan XV inicia el proceso oficial de canonización; a partir de entonces, santo será aquel quien por su devoción a Cristo y por sus cualidades milagrosas merece el reconocimiento especial de los fieles. Cuando hacia 1260 Santiago de la Vorágine escribe su libro, este último será el sentido que dará a sus personajes.

Santiago de la Vorágine nació en Varazze, en la costa genovesa, alrededor de 1230. En 1244 ingresó en los dominicos, entre los que permaneció más de cuatro décadas y sirvió como maestro y administrador. En 1292 fue nombrado obispo de Génova. Murió en 1298 y fue beatificado algo más de cinco siglos después por Pío VII. Los dominicos y la provincia de Génova lo veneran a la par de los santos de cuyas vidas fue cronista.

*La leyenda dorada* es, hemos dicho, un florilegio. El autor escribió las biografías de los santos a partir de más de 130 fuentes<sup>3</sup>, incluyendo las patrologías griegas y latinas citadas en obras enciclopédicas como las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, y las organizó agregándoles detalles de diversas obras menos conocidas, disponiéndolas a lo largo de un año litúrgico. Quizás su intención haya sido escribir un manual para predicadores, pero también es posible que Santiago de la Vorágine haya querido ofrecer nada más que un ameno manual de devoción a los fieles.

A fines del siglo XII y principios del siglo XIII la lectura privada se convierte en Europa en un fenómeno cada vez más común, ya no limitado al recinto de los monasterios y las universidades. No sólo hay lectores entre los clérigos y los aristócratas; también mercaderes y administradores aprenden las letras para poder desenvolverse en el mundo del comercio. Comienza incluso a haber lectores entre los menestrales y los campesinos. El clérigo Walter Map, hacia fines del siglo XII, apuntaba que «... la nobleza de nuestro país desdeña las letras y no se ocupa de aplicar a sus hijos al estudio, aunque a ellos sólo les es permitido con justicia el desempeño de las artes... Los esclavos, por otra parte (los que llamamos villanos), se muestran ansiosos de nutrir a sus rudos y degenerados hijos con artes que no sientan a su condición, no para que se alcen de su rudeza sino para que puedan disfrutar ellos también de nuestras riquezas...»<sup>4</sup>.

A estos «rudos y degenerados hijos», como también a los lectores más tradicionales de castillos y conventos, *La leyenda dorada* propone no una árida disquisición

teológica sino un conjunto de interesantes etimologías, fábulas milagrosas, curiosidades históricas y anécdotas pías cercanas al chisme. Siglos más tarde, en Francia, la protagonista de *El sueño* de Émile Zola no leerá más que un libro, *La leyenda dorada*, que la deleita con sus infiernos y sus milagros, sus atroces torturas y sus redenciones. A través de la obra de Santiago de la Vorágine, Angélica «vivía en el mundo trágico y triunfante del prodigio, el país sobrenatural en el que todas las virtudes son recompensadas con todas las alegrías». En ese único libro, Angélica aprende que «cuando una doncella hace el signo de la cruz, todo el infierno se desmorona»<sup>5</sup>.

Por la riqueza de sus detalles novelísticos y su gusto por el episodio sobrenatural, *La leyenda dorada* se convierte rápidamente en manual para pintores. Desde ciertas dramáticas escenas pintadas por Giotto y sus sucesores, hasta los grabados en madera que acompañan las primeras ediciones impresas de *La leyenda dorada*, artistas de todo orden se inspiraron en las hagiografías de Santiago de la Vorágine. Dos siglos después de la primera aparición del libro, el poeta francés François Villon, en su *Testamento*, hace decir a su madre (que no sabe leer) que aprendió a conocer el paraíso y el infierno en las imágenes pintadas de su iglesia<sup>6</sup>. Estas imágenes, sin duda, fueron inspiradas en gran medida por las santas historias de Santiago de la Vorágine.

*La leyenda dorada* es también un calendario. La Iglesia del siglo XIII quiso controlar la noción de tiempo<sup>7</sup>. El tiempo circular de los pitagóricos ofendía la noción cristiana de un dios omnipotente creador simultáneo del



tiempo y del universo. «Dios creó al mundo no en el tiempo sino con el tiempo», había escrito san Agustín en *La ciudad de Dios*<sup>8</sup>, apuntando que Cristo podía resucitar tan sólo una vez. Sin embargo, la doctrina del eterno retorno continuó deleitando a los fieles durante siglos con su sobria elegancia: un decreto papal de 1277 amenazaba con excomunión a aquellos que aceptasen aún la idea neoplatónica de un período recurrente compuesto de 36.000 años. Al temido círculo de los paganos (la metáfora es de san Agustín) la Iglesia opuso la simplicidad de la cruz. A través de liturgias, horas canónicas, campanadas y días santos, la Iglesia dividió el transcurso del tiempo en días y horas de devoción cristiana, mantenidos bajo su estricto control. Santiago de la Vorágine obedeció esta división dogmática: la sucesión de los santos «oficiales» transcurre en *La leyenda dorada* siguiendo el orden de sus respectivos días, orden interrumpido tan sólo por las fiestas de Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua y por el período que sigue a Pentecostés. El día de Todos los Santos permite a Santiago de la Vorágine brindar una página a aquellos bienaventurados (mártires, confesores y vírgenes) que no han hallado sitio en el resto del año.

En España, el libro de Santiago de la Vorágine halla su lugar en lo que Américo Castro llamó «la mitología hagiográfica»<sup>9</sup> de la Península. Contemporáneos de *La leyenda dorada* son los largos poemas en cuaderna vía del mester de clerecía y los romances populares que narran ciertas vidas santas, como *La vida de Santa María Egipcíaca* (traducida del francés) y el *Libro de la infancia y muerte de Jesús*, también llamado *Libre dels tres reys*

*d'orient*. A este género pertenecen las hagiografías poéticas de Gonzalo de Berceo, desde su *Vida de Santo Domingo* hasta su *Martirio de San Lorenzo*. Estas amenas vidas devotas también existen en prosa. Conocemos numerosas traducciones del latín, entre ellas el *Barlaam y Josaphat* y las vidas de Catalina de Alejandría, Domingo de Silos, María Magdalena y Ginés de la Xara. Sin duda, los lectores españoles de *La leyenda dorada* estaban acostumbrados a obras de este género.

Podemos suponer que, hasta un cierto punto, las vidas de *La leyenda dorada* eran leídas como Historia, es decir, como hechos verdaderos transcurridos en un pasado casi contemporáneo al presente de sus lectores. De la misma manera que, para Dante, Homero y Virgilio no son lejanos precursores sino altos coetáneos cuya visión del mundo ilumina la suya propia, para el primer público de *La leyenda dorada* los santos eran hombres y mujeres como ellos, elegidos por la gracia divina para llevar vidas puras a las cuales ellos también, si así lo querían, podían aspirar. Los personajes cuyas vidas Santiago de la Vorágine se había propuesto contar no eran diferentes de las de sus conciudadanos: soldados como Sebastián, varones de alcurnia como Vicente, comerciantes como Francisco, pintores como Lucas, médicos como Cosme y Damián, incluso prostitutas como Tais o atolondrados como Bricio. Sin duda les consolaba (y divertía) saber que santa Juliana podía perder la paciencia como cualquiera de ellos, y que un día, harta de esperar que un cierto demonio recalcitrante se arrepintiese, le dio una tremenda y no muy devota paliza, o que santa Marina

había elegido vivir como varón en un mundo que consideraba a la mujer un ser débil e inferior al hombre.

Ciertamente los santos de *La leyenda dorada* no son personajes particularmente diferenciados. Corresponden a un modelo común, cosa natural si recordamos que estos hombres y mujeres (al menos en el pensamiento de las generaciones posteriores) calcaron sus vidas sobre la de Cristo, intentando identificarse hasta donde les era posible con el Hijo de Dios. De ahí que, al intentar recrear sus vidas, Santiago de la Vorágine (y sus precursores) utilizase un mismo modelo biográfico en el que los milagros y castigos, recompensas y martirios se asemejen los unos a los otros, de santo en santo. Como dice el historiador André Vauchez, «su objetivo era precisamente “borrar” las particularidades de los individuos y transformar sus vidas en fragmentos de eternidad»<sup>10</sup>.

*La leyenda dorada*, a diferencia de las grandes epopeyas y tragedias clásicas, no ofrecía a sus lectores laicos lo que el poeta Alfred de Vigny llamaría «la majestad del sufrimiento humano» a través de vidas intensamente individuales, sino una versión más generalizada, más condensada, menos compleja de ese sufrimiento, repetidas escenas de milagro y de martirio para mejor alabar la santidad del conjunto de personajes presentados. Las biografías de estos santos no celebraban, para los primeros lectores de *La leyenda dorada*, vidas escandalosamente privadas (como nos gusta imaginarlas hoy, vidas de estrellas de cine y de personajes políticos cuyos mezquinos avatares alimentan nuestra lasciva imaginación) sino vidas escandalosamente públicas, cuyas pruebas y penurias eran muestra no de la maldad del mundo sino de su

infinita bondad, bondad que estos santos hombres y mujeres se esforzaban conjuntamente por encarnar.

Hoy en día, inundados por imágenes de sufrimiento en las que lo ficticio se confunde con lo real, podemos pasar imperceptiblemente de una muerte brutal en una telenovela a una muerte brutal en Ruanda o Madrid, y nos cuesta imaginar el sufrimiento ajeno. Lo vemos, pero no lo sentimos. Somos como los temidos optimistas que describía G. K. Chesterton, que piensan que el fuego no hace sufrir al mártir.

La selección de *La leyenda dorada* que aquí presentamos, tomada de la magnífica edición en dos volúmenes de Fray José Manuel Macías (Alianza Editorial, 1982), intenta dar sólo un sabor de estas antiguas lecturas. Después de las *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob y de la *Historia universal de la infamia* de Borges, estas santas vidas casi no pueden ser leídas sino de manera literaria, con connotaciones humorísticas o fantásticas muy lejanas de la intención de su autor y de la visión de sus primeros lectores, para quienes los hechos narrados eran reales, o al menos correspondían a una incontrovertible verdad poética. Ciertamente ya no poseemos, como lectores, la «voluntad planzentera, clara y pura» que atribuía Jorge Manrique a su difunto padre. Pero quizás nos sea aún posible, más allá de nuestro escepticismo y nuestras exigencias literarias, recuperar, a través de *La leyenda dorada*, la límpida voz narrativa que convencía a sus devotos lectores de que historia e Historia son (o deberían ser) la misma cosa.

Alberto Manguel  
Mondion, febrero 2004

## Notas

1. Epístola a los efesios, V: 1-3.
2. Donald Attwater, *A Dictionary of Saints* (Londres: Penguin, 1965).
3. Abbé J.-B. M. Roze, prólogo a *La légende dorée*, 3 vols. (París: Éditions Rouveyre, 1902).
4. *Master Walter Map's Book De nugis curialium (Courtier's Trifles)*, tr. F. Tupper y M. B. Ogle (Londres, 1924). Citado en M. B. Parkes, *Scribes, Scripts and Readers* (Londres: The Hambledon Press, 1991).
5. Émile Zola, *Le Rêve*, I (París: 1888).
6. François Villon, «Ballade que à la requeste de sa mère pour prier Notre-Dame» en *Le Grand Testament, Oeuvres complètes* (París: P. L. Jacob, 1854).
7. Cf. Jacques Le Goff, prólogo a *La légende dorée* (París: Gallimard, 2004).
8. Saint Augustine, *The City of God*, XI:5 (Oxford: A Library of the Fathers of the Holy Catholic Church, 1838-1858).
9. Américo Castro, *La realidad histórica de España* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1954).
10. André Vauchez, «Le saint», en *L'homme médiéval*, bajo la dirección de Jacques Le Goff (París: Éditions du Seuil, 1989).



# La leyenda dorada







## SAN NICOLÁS

Etimológicamente, «Nicolás» puede derivar de *nikos* ('victoria') y de *laos* ('pueblo'). Si fuese así, «Nicolás» significaría «vencedor de los vicios populares», es decir, de las viles lacras que suelen abundar entre el pueblo; y con mayor propiedad, «vencedor del pueblo», en cuanto que con su doctrina enseñó a muchas personas a triunfar de sus vicios y pecados. También podría derivar de *nikos* ('victoria') y de *laus* ('alabanza'), en cuyo caso equivaldría a «alabanza victoriosa». Cabe una tercera hipótesis: que provenga de *nitor* ('blancura') y de *laos* ('pueblo'), y en este supuesto querría decir «blancura del pueblo», significación que encaja perfectamente con lo que fue san Nicolás: blancura y pureza; porque, como observa Ambrosio, la palabra divina purifica, la confesión purifica, las buenas obras purifican y los buenos pensamientos purifican. Unos doctores argólicos compusieron la leyenda de san Nicolás. «Argólico», según Isidoro, proviene de «Argos», ciudad de Grecia; de ahí que se llame argólicos a los griegos. En griego escribió el patriarca Metodio la vida de este santo; al menos, eso se dice;

como también se dice que, posteriormente, cierto diácono llamado

Juan la tradujo al latín y le añadió muchos datos nuevos.

1. Nicolás, ciudadano de Patras, nació en el seno de una familia virtuosa y rica. Sus padres, Epifanio y Juana, se casaron muy jóvenes, lo engendraron en los primeros días de su matrimonio y a partir de entonces guardaron absoluta castidad durante el resto de sus días. Nada más nacer ocurrió con este niño un hecho sorprendente: se sostuvo por sí mismo, de pie, dentro del lebrillo en que lo lavaban. En la época de su lactancia, los miércoles y viernes no aceptó el pecho materno más que una vez al día. En su juventud huyó de las diversiones, pasando sus ratos de ocio en las iglesias y poniendo gran empeño en retener en su memoria los pasajes de la Sagrada Escritura que en ellas se leían o comentaban. Nada más morir sus padres dióse a pensar en la manera de emplear en el servicio divino las cuantiosas riquezas que de ellos había heredado; quería hacerlo de modo discreto, sin que nadie se enterase, para evitar que lo convirtieran en objeto de admiración y alabanza.

Por entonces un vecino suyo de condición social noble pero venido a menos, padre de tres doncellas solteras, para procurar dinero y remediar la suma pobreza en que vivían trataba de lanzar a sus tres hijas al infame vicio de la prostitución. Cuando el santo tuvo conocimiento de lo que aquel hombre proyectaba se horrorizó y, para evitar que llevara adelante sus planes, una noche, sin que nadie le viera, arrojó por una ventana al interior de la casa de su vecino una talega llena de monedas de oro. A la mañana

siguiente el vecino descubrió en el suelo de la habitación el misterioso tesoro, dio gracias a Dios, y con el dinero que contenía la bolsa constituyó la dote para casar a una de sus hijas. Unos días más tarde Nicolás repitió la operación. Su vecino, al hallar la segunda bolsa, tan contento como admirado, propúsose vigilar por si el fenómeno se repetía, para averiguar quién era el bienhechor que había acudido en remedio de sus necesidades. Unas jornadas después el siervo de Dios lanzó por la misma ventana y al interior de la misma estancia una tercera bolsa con doble cantidad de monedas de las que contenían cada una de las talegas lanzadas anteriormente. Con el ruido que la bolsa produjo al caer en el suelo despertóse el vecino, salió de prisa a la calle y empezó a correr tras de su desconocido protector, que también corría.

—¡Deteneos y no os ocultéis! —gritaba el favorecido, acelerando cuanto podía su marcha.

Al cabo de un rato logró dar alcance a su favorecedor, y al reconocer en él a Nicolás se postró a sus pies y quiso besárselos. El santo alzólo del suelo y le suplicó que, mientras él viviere, no contara a nadie lo ocurrido.

2. Poco después de esto murió el obispo de Myra. Los prelados de la región se reunieron para determinar quién había de ocupar la sede que acababa de quedar vacante. El presidente de la asamblea, que gozaba de gran prestigio entre sus compañeros y sabía que todos darían su voto a quien él indicara, al comenzar la sesión propuso a los vocales diferir la elección unos días y, entretanto, pedir a Dios, con oraciones y ayunos, que se dignase indicarles de alguna manera a quién deberían elegir. Aquella misma noche, estando todos los obispos durmiendo, el

presidente oyó una voz que le decía: «Mañana, levántate muy temprano, sal a la calle, ponte a la puerta de la catedral, y espera; pronto empezarán a llegar algunos hombres a la iglesia, para asistir a los sagrados oficios. Cuando llegue el primero, pregúntale como se llama; si te dice que Nicolás, no te quepa duda de que tienes delante de ti al sujeto designado por Dios para que ocupe la silla vacante». Inmediatamente el presidente levantóse de la cama, despertó a los demás obispos y les comunicó la revelación que le había sido hecha; invítóles a permanecer en oración hasta la mañana y les manifestó que, de acuerdo con el aviso recibido, él, antes de amanecer, se situaría a la puerta de la catedral. En efecto, muy de madrugada el presidente se colocó junto al cancel de la iglesia. Poco después, antes que nadie, llegó un hombre.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el prelado.

El interpelado, que tenía el aspecto de una mansa paloma, inclinando la cabeza, respondió:

—Nicolás, para servir a Dios y a vuestra santidad.

Avisados por el presidente acudieron los demás obispos, rodearon al recién llegado y, sin hacer caso de sus excusas y resistencia, lo introdujeron en el templo, lo llevaron hasta la sede episcopal y lo sentaron en la cátedra.

Con la nueva dignidad no cambió el nuevo obispo sus antiguas costumbres, sino que perseveró en sus anteriores prácticas de humildad, seriedad de conducta y obras santas, en sus vigiliyas y oraciones nocturnas, en sus penitencias y en la maceración de su cuerpo. Evitaba cuidadosamente el trato innecesario con mujeres, mostrábase manso con todos, predicaba con elocuencia y eficacia,

era diligente en la exhortación y firme y enérgico en la reprensión de los vicios.

3. Se dice también, y se lee en una crónica, que Nicolás asistió al Concilio de Nicea.

Un día los marineros de un barco al borde del naufragio, con lágrimas en los ojos invocaron su nombre diciendo:

—Nicolás, siervo de Dios, muéstranos que es verdad cuanto hemos oído referir acerca de tu poder.

En aquel mismo instante presentóse ante ellos y les dijo:

—Aquí me tenéis; ved cuán prestamente he acudido a vuestra llamada.

Inmediatamente comenzó a ayudarles en las faenas de la navegación y a maniobrar con antenas, velas y cables, hasta que momentos después la tempestad cesó y él desapareció.

Al final del viaje, los marineros acudieron a la iglesia de san Nicolás, y a pesar de que, fuera de aquella aparición, jamás en su vida lo habían visto, en cuanto entraron en la catedral, donde a la sazón estaba el santo obispo, inmediatamente lo reconocieron, se acercaron a él y le hicieron saber que le estaban muy agradecidos, e igualmente a Dios, por haberlos salvado del naufragio. San Nicolás les dijo que aquel prodigio no se debió a sus propios méritos, sino a la misericordia divina y a la fe de ellos.

En cierta ocasión la provincia en que vivía el santo pasó por una terrible situación de hambre; en toda ella carecíase de alimentos. Supo el siervo de Dios que en determinado puerto había varias naves cargadas de trigo,